

Diciembre 26/2003

ORIGEN MITOLÓGICO DE LA ENVIDIA

Por Agustín Saavedra Weise

Entre las muchas leyendas que circulan sobre el origen y proliferación de la envidia, citaré una de ellas que es suficientemente ilustrativa.

En el Monte Olimpo se acerca una mujer a Zeus y le implora intervenga con su mágico poder para que su ocasional rival pierda por lo menos un ojo. Ante tamaño pedido, el mítico dios griego le pregunta qué precio está dispuesta a pagar por dejar tuerta a su enemiga. La mujer le responde: "con mis dos ojos, déjame ciega oh gran Zeus, pero haz que mi contraria sufra por lo menos la pérdida de un ojo". Horrorizado por la petición, Zeus la expulsa del Olimpo enviándola a la Tierra. Desde entonces, la pérfida ENVIDIA –tal el nombre de la perversa peticionante– circula con su implacable rencor entre los seres humanos...

Más allá de la leyenda, ella pinta muy gráficamente a la envidia: es capaz de provocarse a sí misma un daño peor incluso que el infligido a su enemigo, con tal de que éste sufra alguna calamidad. Es uno de los sentimientos más horribles de nuestro mundo y sin embargo, casi a diario percibimos el virus de la envidia.

La envidia está en todas partes y en todas las mentes. Es más, es muy raro el ser humano que alguna vez no la haya sentido bajo determinadas circunstancias. Felizmente, la mayoría de los hombres hemos aprendido a controlarla, a no dejarnos emponzoñar por su corrosivo veneno.

Se envidia al rico, al poderoso, al que tiene éxito, al que logra y obtiene cosas, al que tiene buena presencia o talento. La lista es casi infinita, con el agravante de que la envidia se presenta hoy "disfrazada" de nobles expresiones (lucha contra la corrupción, derechos humanos, etc.) que muchas veces pueden llegar a confundirnos. Uno de los rasgos nefastos de la humanidad es la envidia; carcome todo lo bueno que puede haber.

Contemporáneamente, Harry Stack Sullivan definió la envidia como "un sentimiento de aguda incomodidad, determinada por el descubrimiento de que otro posee algo que nosotros creemos que deberíamos tener".

Debemos alejarnos de la envidia y saberla reconocer, sobre todo cuando se presenta disfrazada con el manto de demagógicos igualitarismos. Simultáneamente y a la inversa,

hay que procurar el sano estímulo de la emulación creativa, del deseo de superación individual y social. Debemos ser –reitero– capaces de detectar a la envidia, de percibirla en su bajo y disfrazado perfil, que nada tiene que ver con la crítica constructiva y las acusaciones fundadas.

Procuremos evitar a toda costa que la malvada envidia envuelva nuestro ser o envenene nuestra alma. Pensemos siempre bien antes de pensar mal, no seamos envidiosos ni hagamos daño a nadie con ese nefasto sentimiento que debe ser extirpado del espíritu humano.

-----0000-----